

Tonto

Dayán Gamboa



Una escena de oficina, Estados Unidos, 1925.
(Fotografía: Underwood Archives / Getty Images)

VOY A LLEGAR Y DECIRLES: “Este tonto tiene carácter”.

Me considero tímido, pero creo que no por serlo soy un tonto. El mundo lo ve diferente. ¿Qué tengo que decirle al mundo?: “me asombra tu contraste...” Regreso a lo que iba, llevo la cruz en el silencio. Me pregunto en qué nivel están los ignorantes, los ridículos, ¿por encima o debajo?

Dicen que lo tonto se trae en la mirada, también en el andar. Mis ojos son largos, caídos. No soy elegante pero camino recto; hablo jalando las palabras. Dicen que otro rasgo es el fracaso. Eso me recuerda que “después de un fracaso, los planes mejor elaborados parecen absurdos”.

Monotonía. De la casa al trabajo, del trabajo a la casa. Sábados en casa. Domingo al parque y después a casa. Los cerros atrapan. Lo mismo sucede con los muros. Son puertas que se abren al interior.

Tengo miedo de ridiculizarme. Me trastornan las citas. He perdido práctica al hablar, como cuando se deja de escribir un tiempo y la letra sale fea. Con los desconocidos hay que sacar la versión más hipócrita de uno mismo.

Sólo quiero estar en casa disfrutando mi privacidad. ¿Es demasiado? ¿Por qué se asusta la gente cuando dices lo que te gusta y lo que no? La humanidad evoluciona lentamente. Si todos fueran siempre jóvenes no habría amargura.

Creo que por fin me llegó la hora. Cuánto ha pasado. No temeré más demostrar quién soy. Ya basta. Subyugación, basta. Como hombre me doy vergüenza, pena.

En la empresa soy el platillo al que todos meten mano. Bueno, hay unos que son como yo pero más discretos; no buscan a nadie y nadie los molesta. Son estatuas en rincones polvorientos. ¿Por qué no pasará inadvertido como ellos? ¿Qué tengo para que otros exploren los límites de su ingenio en mí?

Hoy van a salir muchas verdades de mi boca. Que se preparen los oídos más sensibles. Le diré a Enríquez marica, que lo he visto de la mano con un tipo; a Fabián que no hay hombre más detestable que él; a Ramiro perezoso; a Jorge que su esposa es horrible. No sigo. Aún ignoro lo que le diré al jefe, pero si me tira un limón yo le devolveré una toronja.

Me visto. Camino. La basura sigue en huelga. Todo es porquería.

Llego a la empresa.

—Tarde, pepinillo —me dice Jorge.

—Alguien acomódele la corbata —dice Enríquez.

—Mejor que le hagan una colombiana. Así saca la lengua —dice Ramiro y todos se ríen. No entiendo. Insisto, se llevan al límite.

Entro al cubículo. Mi computadora tiene virus. El bote está lleno de basura, mis archivos desorganizados. Debo poner..., pero me falta pensar la sucesión de las cosas. De lo que estoy seguro es que no desperdiciaré este vértigo. Van a saber que cualquier persona tiene orgullo.

Se miran y me llaman de distintas maneras. Me lanzan bolas de papel, se miran y ríen. Las estatuas se oscurecen. Trato de arreglar mi computadora porque si no, el jefe... Ahí viene.

—¿Jugando?

Le hago saber que la computadora no funciona y le pido una nueva. Chilla los dientes.

—Va a salir de tu bolsa.

Me la autoriza. La instalo. Trabajo. Escucho: “Sáquenle una comidita al tonto”. Me subestiman. No

soy tonto, si lo fuera no sabría que lo soy. ¿Con qué voy a empezar, con una explosión o serio, inteligente? ¿Con quién?

—Oye —me dice Fabián—, invítate las tortas.

No digo nada.

—La próxima semana me toca —mira a los demás y se ríen.

Niego.

—Son cinco tortitas. Ándale —dice Ramiro.

Comienzan a cantar: “Codo, codo... Qué codo”. Me levanto y pregunto de qué las quieren. Salgo. Cruzo la calle y entro a un local. Pido las tortas. Me las dan. Camino, las abro y escupo en ellas. Regreso a la oficina y las reparto. Comen.

Por un instante me dejan pero luego vuelvo a ser su objetivo. Llega el jefe.

—¡Estos cálculos son un insulto!

Me tira los documentos al escritorio. Los veo. No escribí eso, nunca fallo. Alguien los alteró. Cómo explicárselo.

—Componlo.

Se va. Desanudo mi corbata. Echo los papeles al bote de basura. Le doy un puntapié. Me paro frente a ellos. Le digo a Enríquez marica, a Fabián bastardo, a Ramiro holgazán. Hablo pestes de la familia de Jorge. A las estatuas las llamo cobardes, fantasmas. Todos callan mientras de mi boca salen yunques.

Viene el jefe.

—¿Qué es esta locura?

Me le quedo viendo. Los demás revuelven sus voces.

—¿Qué te pasa?

Lo veo.

—Usted es escoria —le digo—: menos que basura.

Me despiden. Nadie dice nada, prefieren no verme ni verse entre ellos. Salgo con los hombros en alto, aunque me quedo con ganas de decirles: “¿Quién es el tonto?”. ■